Correo Gallego 6 Junio 1953

51

DESDE MI TRIBUNA

Londres, en el día de la coronación

Crónica por Joaquín CALVO SOTELO

(Especial para EL CORREO GALLEGO.)

LONDRES.--En la vida de un funcionario del Estado las cinco de la mañana, como hora inicial del día, es absolutamente inedita. Bastante más que como hora terminal en la vida de un escritor de teatro. Pero la luz no es la misma si se sale a su encuentro levantándose al alba, que si se le espera despierto. En cuanto se ha descrito ese trance de la noche al día, por muy líricamente que lo haya hecho, se adivina si su pluma ha sido la de un madrugador o de uno que trasnochaba. Trasnochador empedernido, yo canto con bastante fastidio y desafinación la gloria calmada de esas cinco horas de la mañana, en la que, sin especial orden del conserje, el teléfono de mi habitación suena para avisarme que el momento ha llegado de levantarme, como todo honorable, de hacer mis abluciones y tomar mi desayuno, coger la bolsa que contiene mi almuerzo e ir a ocupar el puesto que me aguarda en la tribuna.

Ciertamente, la ciudad entera está haciendo lo mismo. Cuando salimos a la calle, a no menos de seis kilómetros de la ruta que seguirá el cortejo, una auténtica multitud la invade. Se tiene la sensación de que el distrito íntegro pudo ser evacuado por alguna medida de seguridad. La circulación de los automóviles no es grande, pero grandes colas sitian la estación del "Metro" de Southkenssington. En mi vagón cuento hasta docena y media de chaquets y otras tantas chisteras. Desde que con mis compañeros de Bachillerato jugué al polizón en la inauguración de la línea Puerta del Sol-Cuatro Caminos no había vuelto a ver chisteras en ningún "Metro" del mundo. No creo tampoco volver a verlas jamás. Impermeables, uniformes, abrigos, formando un todo borroso, asciende como si lo animara un cuerpo único a la superficie de Victoria Square. Cada londinense de los que afluyen a Buckingham lleva consigo su cuota de emoción y su cuota de entusiasmo. Aquello mismo podría ser una romería en cualquier otra parte. Aquí es casi una peregrinación.

Calculo que en mi tribuna, frente a la puerta de Palacio habría cerca de diez mil personas. Otras tantas en la del lado contrario. El monumento a la Reina Victoria alberga un centenar de cámaras fotográficas. Son las seis de la mañana, pero yo he llegado retrasado a mi puesto. Diez mil vecinos me miran reprochadoramente. La salida de la Reina se ha previsto a las diez y media. Esperaremos, como el Duque de Norfolk quiere, las cuatro horas y pico que nos quedan. Llueve de vez en cuando pesadamente. Llovera todas las horas. Ni una deserción motiva la lluvia. Pienso que más bajas causaría aquí una temperatura de treinta grados, que ésta, propia de una hora de noviembre madrileño. Por lo demás, la multitud consume alegremente su tiempo.

A partir de las siete y cuarto todo ciclista que cruza Buckingham es abucheado cordialmente. A una espectadora subida en una columna que sortea a un policeman, que intenta desalojarla sin conseguirlo, se le dedica la regocijada atención que su gesto merece.

Entre tanto, los granaderos, menos madrugadores que nosotros van cubriendo la carrera. Sus vistosísimos uniformes de pantalones azules y casaca roja los ocultan a medias por una parda esclavina. Poco más tarde se despegarán de ella para rendir honores. Junto a la verja de Palacio una sección de marinería y otra de las fuerzas aéreas montan la guardia. Sigo las evoluciones de estas últimas y declaro que pocas veces he visto una precisión, un automatismo iguales. Millares de hurras los felicitan.

Son las 8'50. Los primeros carruajes salen de Palacio. Y cinco minutos después la Reina Tonga, sola en su "landó" descubierto, escotada, abundosa de carnes, morena oscura, valga el eufemismo, inicia la marcha a la Abadía. A prudente distancia la siguen los primeros ministros de la Commonwvealth y Churchill. Veré regresar a Churchill en su coche color tabaco, a la vuelta de la ceremonia y lo oiré vitorear igual que ahora. Una aura de enorme popularidad, de colectiva admiración le rodea, pero hoy en esta hora su presencia es tan pura anécdota. Churchill es lo contingente. La Reina, por el contrario, es la expresión de la permanencia, de lo que no muda, de lo que está a salvo de las pasiones y de las polémicas. Este es su triunfal momento: La carroza, precedida del estandarte real, de altos jefes militares, escoltada por los "lior se Guarda" nos la dejan ver unos segundos, sonriente, llevando a su izquierda al Duque de Edimburgo, mientras un clamoreo inenarrable resuena en la inmensa plaza. Pañuelos, hurras, vítores a un diapasón inesperado y agudísimo, salen a su encuentro, mientras la carroza rítmica y lentamente enfila la red de Mall. A lo largo de esta inmensa avenida muchas gentes ajenas a la crueldad del clima han acampado dos días con sus noches, en alerta de este instante fugitivo. Su entusiasmo ahora rebasa los límites previsibles. Se oye gritar por todas partes: "Long live to the Queen", en los mil banderines que la lluvia destiñe y abanica nerviosamente el aire.

¿Qué conmueve a la gente? ¿La simple presencia de una figura juvenil, elegida por un destino singular para ser el símbolo de un Imperio todavía poderoso y fuerte? Es, naturalmente, mucho más que eso. Es un poco a su Reina y un poco a sí mismo a quien aclaman los ciudadanos británicos Aclaman su pasado, cuando el "Ruel Britania" era más verdadero que hoy y afirma simultáneamente su fe en el futuro. Y se siente a la vez conmovido y orgulloso cuando ve que de todo ese sentimiento es símbolo natural esta "lipple lady", de 26 años. Entre salvas y cañones, himnos y aplausos, marcha en una mañana desapacible, que sólo el entusiasmo de sus súbditos caldea, a ser coronada en la Abadía de Wesminster.